

que todo lo sostiene, que á todo sobrevive, y que jamas se muda en medio de las revoluciones y ruinas con que no cesa su brazo de agitar y alterar la faz del universo! *¿Quién, Señor, es semejante á vos? ¿Quién tiene aquella fuerza de existir y de durar que da un carácter tan formidable á la sentencia de muerte pronunciada contra los hijos de los hombres, y á aquella comparencia tan singular y tremenda con que cada uno debe verse delante de vos despues de su último suspiro?*

Así, Dios mio, se disipa y desaparece todo. El tiempo ha destruido las ruinas de los tronos en que se sentaron los primeros reyes del mundo, y ha borrado hasta los mas mínimos vestigios de todos los monumentos de su gloria. Mas la duracion de vuestro indestructible imperio no está comprendida, como la de los estados y soberanos de la tierra, en periodos que se miden y admiten division; su origen se pierde en infinidades inconcebibles que abisman nuestra imaginacion cuando quiere figurarse lo que existia y pasaba antes que hubiese mundo y hombres, y se extiende y prolonga en la inmensidad y perpetuidad de vuestra excelencia y de vuestro esplendor inaccesible; de suerte que la historia de la eternidad contiene la de todos los reinos y acaecimientos humanos, como los abismos del vasto Océano se tragan y sorben todas las gotas de agua que las nubes destilan desde lo alto de los aires. *¿Qué hace, pues, el insensato que consume los pocos instantes que tiene de vida en desnaturalizarse y envilecerse en las cadenas de sus deplorables pasiones? Este es un ser momentáneo y feroz que aparece en el mundo para salir de él en el instante, y que no pudiendo resistir á la fuerza que le arrastra al sepulcro, se apresura á insultar á aquel poder adorable y supremo que le destina á su inmortalidad y felicidad. Se le debe comparar á un infeliz, que arrastrado por el rápido torrente de las aguas, tiene al tiempo*

de sumergirse en sus abismos, el imponderable frenesi de ultrajar la mano bienhechora que se apresura á librarle del riesgo, sacarle á ribera, y albergarle en su morada. Digámoslo mejor de una vez, Aristo; una ceguera como la tuya no se puede concebir; solo Dios desde lo alto de su gran luz conoce toda la degradacion, todo el desórden y todo el horror de un corazon endurecido á la verdad y á la virrud.

CAPITULO III.

SOLIDEZ DE LA FELICIDAD QUE DA LA VIRTUD.

Por mucho tiempo, mi muy amado y desgraciado Aristo, fué semejante á tí Filemon: recibió, como tú, de la naturaleza, un alma susceptible de grandes pasiones, muchas riquezas é inmensas haciendas de sus padres; Pero Filemon ya no existe. Diez años de penitencia y de arrepentimiento precedieron al terrible instante de su entrada en la eternidad, y selló con el último suspiro su conversion á Dios y á la virtud.

Se halló escrita de su misma mano una descripcion de los dias de su vanidad, y de los que consagró al amor de la bondad soberana. Al leer sus reflexiones se conoce que su autor habia alimentado su religion con los libros sagrados, y con todos los nobles sentimientos de que nos dejó San Agustín una expresion patética en sus confesiones. Su escrito tiene este título: *Triunfo de la divina misericordia sobre un corazon perverso.* Contiene lo que sigue.

“ ¡Dios y Padre mio! . . . ;Qué amables y deliciosas son para mi corazon las lágrimas con que se humedecen mis ojos al pronunciar este nombre tan dulce y consolador! . . . ;Ay de mí! Hubo un tiempo cuyo desórden quisiera borrar con toda cuanta sangre han dejado

en mis venas mis continuos y profundos gemidos. Tiempo de tinieblas y de horror, tiempo de vergüenza, de espanto, de remordimientos y de negros disgustos, en que esclavo de las pasiones mas viles y tiranas, abandonado de mis parientes, despreciado de los hombres de bien, privado de mi propia estimacion, buscaba en la singularidad de los mas extremados excesos, un asilo espantoso contra el fastidio y cansancio de mis desfallecidos y fatigados sentidos. ¡Treinta años de mi vida manchados con toda la corrupcion del vicio mas desenfrenado! . . . ¡Santo Dios! ¡qué recuerdo! ¿Y érais vos quien sosteniais unos días cuyos momentos empleaba en despreciar toda conciencia y religion, formando de mis propias tinieblas un baluarte con que defenderme de los asaltos y de las inspiraciones de vuestra bondad incomprendible? Quería huir de vuestra luz; pero es tan íntima á todas las inteligencias, y conserva sobre ellas una fuerza tan victoriosa é irresistible, que se encuentra hasta en las ruinas de todas las facultades humanas, y obliga al prevaricador mas endurecido y abandonado, á confesar que no hay crimen dichoso; porque el que abriga la iniquidad en su pecho, se verá precisado á ponerle delante de un juez y de un tribunal.”

“ ¡Oh luz divina! eterna y terrible antorcha, llama que descienes del seno de la soberana verdad para consternar y atemorizar los corazones viciosos; tú eras, tú, quien me hacias tan deforme y horrible la vista de mí mismo, cuando extendido en el lecho de mis remordimientos, solo veia en el reposo y en el profundo silencio de toda la naturaleza, la magestuosa y formidable señal de la postrera revolucion que asolará al universo, y que hará servir sus encendidas ruinas para eterno tormento de los insensatos! ¡Qué letargo el del hombre que se duerme en el horror de sus vicios y perversas costumbres, en medio de los gritos de una conciencia que tiene miedo

de sí misma, y de las crueles reflexiones que le inspiran entonces su abandono á sí solo, la falta de ruido, la oscuridad y la suspension de cuanto le rodea! ”

“ ¡Dios mio! en medio del movimiento y disipacion del día, os tenia por nada en el universo, y tal vez dudaba de la verdad de vuestra presencia y de vuestro supremo imperio sobre la vida y acciones de los hombres. Pero en la tranquilidad de la noche solo á vos veia en la naturaleza; parecíame entonces escucharos y sentirlos, y me hacia estremecer el peso de aquella inmensa y terrible magestad que arranca de entre los vanos placeres las almas de los príncipes y de los pueblos para sumergirlas en los sepulcros. ¿Mas cómo podré descubrir el terror que se apoderaba de mi espíritu, cuando en medio de un sueño quieto y agitado de mil espantosas imágenes, venia á herir de repente mis débiles, irritados y pavorosos sentidos, la formidable voz del trueno de tus venganzas? Parecíame que yo solo en todo el universo habia excitado aquel trastorno de la naturaleza, y que vos, Señor, dirigiais á mí solo la vista en aquella tempestad con que conmoviais los cielos y la tierra. Cada relámpago que venia del seno de las nubes á iluminar lo interior de mi estancia, donde procuraba adormecer mis temores, se lanzaba hasta lo íntimo de mi corazon, dejando en él señales de muerte: suspiraba entonces profundamente, é imploraba en mi auxilio la virtud, conjurándola á que renaciese en mi alma. En estos momentos de terror se le representaba á mi espíritu la imagen de un hombre religioso y justo que me visitaba frecuentemente, y cuya inocencia y virtud le hacian respetable y amado de todos los hombres de bien. Hubiera sacrificado toda mi opulencia por la dulzura de tener una conciencia tan libre de miedos y de remordimientos. ¡Oh Teófilo! exclamaba en medio del espantoso desórden que me consternaba. Tú no eres tan desgraciado como yo. . . . ¡Que yo

no tuviese tu alma y tus costumbres! ¡Ah! el que á este gran Dios que bambolea los desiertos y estremece los cimientos de las montañas, le considera como á su padre en estas circunstancias, se gloria de oírle anunciar con tanta magestad á todas las criaturas, que él solo posee el poder, y se deleita de verle ostentar ante todas las grandezas de la tierra el magnífico esplendor de este poder y de su eterno imperio. Mas el vil esclavo de los placeres sensuales no puede mirar cara á cara el aparato que rodea el trono de su Criador. . . . ¡Cuán terrible es el ver salir de su silencio al ser invencible que sondea los corazones, cuando nuestra iniquidad nos ha separado de su escogida é inmortal familia, y nos ha arrojado á la clase tenebrosa de los que maldecirán para siempre el día en que nacieron! Estas crueles reflexiones arrancaban de mis ojos una multitud de lágrimas. . . . Envolvíame entre las ropas que cubrían mi cuerpo medio helado, como para librarme de la furia del rayo, y desde lo mas profundo de mi quebrantado lecho, conmovido con mi temblor, lanzaba tan violentos y amargos gemidos, que me avergonzaria de que hubiesen sido testigos de mi afliccion los compañeros de mis locuras, y aun de que lo fuesen los criados de mi mayor intimidad, á quienes solía confiar las demas flaquezas.”

“La madrugada de una de estas lúgubres noches, en las que el impío, mas empedernido contra todo terror religioso, sospecha que hay un Dios, cuando me preparaba salir á distraerme de mis tristes pensamientos, y á disipar en el seno de los vanos placeres las tinieblas de una noche tan melancólica, me avisaron que á Oronte, mi amigo (si puede darse un nombre tan santo al mortal mas irreligioso y corrompido que hubo jamas), se le habia encontrado muerto en su mismo lecho. . . . ¡Dios mio! esta memoria me renueva aun el temblor que se apoderó de mí al oír noticia tan espantosa. Caí al punto en

tal desmayo y abatimiento, que no me dejaba libertad sino para levantar al cielo mis ojos amortiguados y pronunciar con voz interrumpida estas dos palabras: Oronte: ¡ay Dios! ambos pasamos ayer el día en la mayor disolucion. Esta idea horrorosa daba á las convulsiones de mi desesperacion, un no sé qué de delirio y de ferocidad, que me hacia inaccesible á todo cuanto podia consolarme. . . . Por todas partes veia cadáveres y sepulcros, y tenia por el último de mis suspiros cada movimiento de mi respiracion acongojada y trabajosa. La vista de mi habitacion me era odiosa é insoportable, no hallaba en ella sino señales fúnebres, y hasta las mismas paredes, á pesar de los ricos muebles que las hermoseaban, me parecian oscurecidas con un vapor sepulcral. . . . Este tránsito repentino é imprevisto de Oronte, cubierto con toda la fealdad y oprobio de los mas infames deleites, á los abismos de aquella eternidad en donde cada criatura que desaparece de entre los vivos encuentra el terrible depósito de su vida y de sus obras, me ofrecia una imágen tan espantosa, que para librarme del horror que me inspiraba, corria como un insensato perseguido de las furias, y dando alaridos semejantes á los de una fiera acosada de los cazadores que no halla por donde huir de los mortales tiros que la asestan.”

“Así me impusisteis, oh Dios mio, la dichosa necesidad de buscar en vos mismo un asilo contra vuestra cólera; y todos los terrores con que tanto tiempo oprimisteis mi alma impura, fueron unos ensayos de este gran golpe de misericordia que debia crear otro corazon, y restablecerme en la participacion de vuestra santidad y de vuestra felicidad inalterable.”

“Vos, Señor, me inspirais que continúe la historia de esta milagrosa trasformacion. Acaso la pintura de mis días tenebrosos, y de las dulzuras de mis expiaciones y penitencias, vendrá á dar en las manos de algunos de-

sertores de vuestra santa alianza, y les moverá á buscar el remedio contra el mas cruel de todos los males en la misma fuente en que yo bebo ahora la felicidad mas pura.”

“Este desesperado y espantoso desórden á que me habia reducido la muerte repentina de mi amigo, me sacó del infeliz letargo en que yacia, y me puso en un movimiento irregular y extraordinario. Corria con celeridad de uno á otro extremo de la casa, llamaba á mis criados, venian y los despedia sin mandarles cosa alguna. Pedí el coche, y me dijeron que ya estaba puesto. Salí al punto, y sin saber qué hacerme, entré en él. . . . me preguntaron dónde queria ir. . . . á donde querais, les dije: no pude dar otra respuesta. El acaso, el capricho de los cocheros, ó lo que es mas cierto, Dios mio, vuestra mano invisible, lo dirigió hácia el norte de la ciudad.

“No lejos de la puerta de San Dionisio, y un poco mas abajo de aquel arco magestuoso y augusto, monumento perecedero de la gloria de un conquistador que lloró al tiempo de morir la desgracia de haber hecho derramar las lágrimas y la sangre de los hombres, hay una comunidad respetable y célebre por los hombres sábios, incorruptibles y modestos que ha producido, por los continuos servicios que hace á la religion y á toda especie de infelices, y mas que todo por el prodigio de las conversiones que vuestra gran misericordia, Dios mio, no cesa de obrar en su recinto por medio del ministerio de estos héroes apostólicos, dedicados al glorioso cuidado de abrirnos los tesoros de vuestro Evangelio. Allí fué donde una impresion secreta y como celestial se apoderó de mi alma. No era ya esta aquella sofocacion causada por la desesperacion y sorpresa que hasta entonces habia ocupado toda la actividad de mi espíritu y de mis sentidos; era, sí, un tranquilo sentimiento que aliviaba mi corazon, y en el que me parecia descubrir un presagio

de libertad y de salud. Al mirar aquel sagrado pórtico, senti interiormente cierto movimiento que parecia anunciarme que allí era donde me esperaban la paz y la felicidad. Mandé retirar el coche, y procurando no ser conocido, me mezclé entre la turba de los que concurren frecuentemente á este santo lugar con el deseo de reformar su vida y sus costumbres.”

“Quedé atónito al ver la quietud y profundo silencio que reinaban en aquel vasto recinto, en aquellos largos y tranquilos claustros, donde se pierde la vista, y el alma se siente penetrada de un grave y religioso sentimiento, semejante al que inspiran el reposo y pavor de los sepulcros. Sin embargo, la mas ligera señal ofrece de repente la imágen agradable de la resurreccion universal, y aquellas bóvedas mudas y solitarias se mueven y resuenan con los pasos de los hijos del Señor que se reúnen para cumplir los santos deberes, ó para tomar alabándaos, Dios mio, sus comidas frugales é inocentes. . . . ¡Qué amable es, Señor, la habitacion de los justos! ¡y qué dia tan hermoso es la vida para todos aquellos que se emplean en bendeciros y en unirse con vos! ¡Oh virtud! tu gran triunfo es libertarnos de los crueles temores de nuestro último fin, y hacernos mirar con tranquilidad el peligro en que se hallan los hijos de los hombres de ser arrebatados de improviso por la muerte. ¡Oronte! tú has desaparecido como una nave á quien se creia libre de las borrascas y tempestades, y á la que una ola repentina arrojó con furia inexorable á lo mas profundo del abismo. Sin esperarlo recibiste en tu juventud el postrer golpe destinado para humillar el orgullo humano: golpe que teme el anciano cargado de años y de miserias, sin embargo de que su blanca cabeza, inclinada hácia el suelo, parece que busca el sepulcro. . . . ¡Oronte! el Dios justo que cortó el hilo de tu vida, solo dejó entre el desórden de tus costumbres relajadas y el momen-

to de tu comparecencia ante su trono eterno, el intervalo de tu último suspiro. Cuando me separé de ti la vispera de tu muerte, te quedabas meditando en la inquietud, y esperabas pasar la última de tus noches bajo un dosel de púrpura y de oro. . . . ¡Cuál habrá sido el destino de aquella alma arrancada con tanta violencia de sus proyectos! ¡Gran Dios! vos la habeis juzgado. Ya está decidido su eterno é irrevocable destino. . . . ¡Ay de mí! las sentencias que salen de vuestro tribunal no sufren revista ni modificacion alguna.”

“Estando ocupado de tan tristes reflexiones en lo interior del aposento que se me habia preparado, se presenta á mí uno de aquellos virtuosos eclesiásticos, encargados de la direccion de los forasteros, con aquel aire de modestia, dulzura y recogimiento religioso, que inspiran una tierna veneracion: creí ver á la virtud misma ofreciéndome todos los tesoros de su paz, y derramando los primeros rayos de su luz celestial sobre las tinieblas de mi alma. Preguntóme aquel varon santo, con todas las demostraciones de una caridad la mas fina y cariñosa, si conduciéndome Dios á aquel lugar de recogimiento y penitencia, me habia inspirado tambien el deseo de buscar en él un director de mi espíritu. Santo hombre, le respondí humedeciendo con mis lágrimas sus manos, las cuales apretaba con las mias, treinta años ha que arrastro las vergonzosas cadenas de las pasiones mas viles; teneis delante de vos al mas criminal y desgraciado de todos los hombres. ¡Ah! mi corrupcion es demasiado inveterada y profunda; el vicio no ha dejado ninguna cosa sana dentro de mí, ha penetrado hasta la médula de mis huesos. . . . le siento circular en mi sangre por todas las venas. . . . Al acabar estas palabras unos sollozos precipitados interrumpieron mi voz, y mi cabeza se reclinó sobre el pecho de mi libertador. ¡Pero qué sorpresa fué la mia al sentirme fuertemente apretado con aquel co-

razon todo lleno de Dios, y al ver mezclar las lágrimas del justo con las de un misero pecador! En esta situacion estuvimos inmóviles largo rato, y vos, Dios mio, mirábais desde lo alto de vuestro trono, esta escena, únicamente visible á vos, como un suceso mil veces mas digno de la admiracion de los ángeles y de los hombres, que todos los que la vanidad inmortaliza en la historia de los reyes; y bendecíais estas sensibles primicias del triunfo que vuestra misericordia iba á conseguir sobre la dureza y perversidad de mi corazon.”

“*El dedo de Dios está aquí*, exclamó al punto el enviado del Señor, extendiendo sus manos sobre mí y abriendo sus ojos en los cuales brillaba el arrobamiento de una alegría toda divina. ¡Ah! yo empecé á disfrutar una parte de aquel placer celestial que se sustituye en un penitente á los negros cuidados y á los gustos criminales y turbulentos. ¡Será verdad, decia yo, apretando con mis labios las manos de mi ángel tutelar, será verdad que aquel Dios de bondad quiere conducirme de tan lejos, y restablecerme en la generacion de los que le buscan y le poseerán para siempre? Aunque esta dulce esperanza estaba confusa todavía en mi alma, derramaba en ella una suavidad inexplicable que jamas habia gustado hasta entonces. Confesemos, me dijo aquel varon santo tomando el tono y la sonrisa de alegría modesta y amable que solamente se encuentran en la virtud: confesemos que el que dirige desde lo alto todos los acaecimientos humanos, es un Señor muy grande, y que son demasiado locos los hombres que buscan tan lejos y á tanta costa los medios de satisfacer la necesidad que les obliga á aficionarse á alguna cosa, y á encontrar algun punto de reposo. Sin duda es una gran desgracia haber pasado bajo el yugo de las pasiones los mas preciosos años de una vida, cuyos instantes se deben invertir todos en el estudio de la verdad y de la sabiduría. Feliz el hombre

que anduvo siempre por los caminos de la santidad y de los suaves designos de su Padre inmortal. Feliz el que lleva consigo al sepulcro la lisonjera satisfaccion de no haber amado en la tierra sino al único bien que se encuentra en la eternidad. A la verdad, nada es comparable con la dicha de morir sin remordimientos y entregar á su Criador un alma que nunca se manchó con la impureza del vicio; pero tambien es cierto que nada hay mas interesante, mas grande, ni mas digno de la inmensidad de la divina misericordia, que la aceptacion de las lágrimas y sollozos de un corazon extraviado, que conociendo su miseria, quiere volver el seno de su Dios. Puede decirse que el pecador convertido siente en la virtud un encanto desconocido para los que jamas la perdieron. Parece que nada le queda á Dios que hacer para consolarnos de los ultrajes que le hicieron nuestros crímenes, y que su ternura se estudia á sí misma para indemnizarnos de todas las penas que hemos sufrido siguiendo al mundo y sujetándonos á su tiránico yugo. Para unirnos indisolublemente consigo, como si el gozo que siente de habernos recobrado pudiera ser turbado por el temor de perdernos segunda vez, se apresura á hacernos gustar lo que se encuentra mas exquisito, mas puro y mas dulce en los tesoros de su inefable esplendor, y á difundir en nuestro corazon aquel calor divino que es en cierto modo parte de su felicidad infinita. . . . ¡Ah! los hombres no saben qué nombre dar á esta efusion de la gloria de Dios en un alma penitente, porque no hay palabras que correspondan á la verdad y excelencia de una cosa tan divina, y porque esta comunicacion íntima de su luz inefable solo se halla bien expresada con el silencio, el respeto y la profunda adoracion de un alma que la siente y se sacia con ella.”

“¡Oh, qué precioso espectáculo es para el cielo un verdadero convertido! ¿Has leído, Filemon, prosiguió

el santo sacerdote, cómo el Salvador del mundo nos pinta la ternura de Dios para con el pecador que se arrepiente? ¡Qué halagüeña es la imágen de la conversion de un hijo desnaturalizado y disoluto, que abrumado con el peso de la vergüenza y de sus remordimientos, vuela á los piés de un padre, el cual al punto olvida los desórdenes del mas depravado de sus hijos, cede al ascendiente imperioso de la naturaleza y de la sangre, se arroja trasportado de gozo sobre aquella porcion de sí mismo, querida y perdida por tanto tiempo, le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su corazon, y no puede hablarle sino con lágrimas de gozo que bañan sus megillas marchitadas con los trabajos y las miserias! ¡Qué escena tan tierna! ¿Qué alma sensible podrá resistir á unas situaciones de esta naturaleza? Y cuando el Hijo de Dios, para animar nuestra esperanza, nos pinta la grandeza de la divina misericordia con unos colores tan vivos y fuertes, ¿podrán dejar de reconocerse en el uso que hace de medios tan delicados y victoriosos, los sentimientos y el corazon del amigo mas tierno y verdadero?”

“Así verificó el Hombre Dios con la conducta que observó en toda la carrera de su augusto y laborioso ministerio, cuanto habia dicho sobre el precio y excelencia que adquiere á los ojos del Ser supremo un alma arrepentida de su iniquidad, y que desea volver á la gracia de su Criador. Jamas se le vió mas vivamente conmovido, que á la vista de una conversion. Cuando rodeado de los primeros discípulos de su Evangelio, recorre los palacios y pueblos de la Judea y Galilea, ve y oye sin alterarse cuantas particularidades y noticias interesan al resto de los hombres; los raros espectáculos, las revoluciones extraordinarias, las empresas formidables de los señores del mundo, la magnificencia de edificios y antigüedad de monumentos; mas nada le detiene, nada pue-

de distraerle un instante de aquel magestuoso y profundo recogimiento, en el cual medita fundar sobre las ruinas de todos los dominios y pasiones de la tierra, su eterno é incorruptible imperio. Pero cuando sus miradas se dirigen á objetos pertenecientes á tan grande y magnífico designio, cuando encuentra una criatura en la que la mano de Dios ha empezado á excitar los primeros remordimientos que preparan la libertad de un culpado, y el milagro que ha de hacer de un elegido del mismo seno de la corrupcion; cuando, por ejemplo, una pecadora, famosa en la ciudad por sus disoluciones y escándalos, se siente de repente horrorizada de sus excesos, le busca con la mayor ansia, se arroja á sus piés, imprime en ellos sus labios, los riega con un torrente de lágrimas, y sus cabellos bañados en el llanto, cubren y envuelven, por decirlo así, lo que ella mas adora. . . . ¡Ah! hé aquí para su corazon el espectáculo mas agradable que puede ofrecerle el universo. ¡Cómo se afana á exponerla á la admiracion de cuantos le rodean! ¡Cuán sublime y divina le parece aquella postura, aquellos llantos y sollozos, y todo aquel aparato de humildad y de penitencia!! ¡Cómo le llena de gozo este procedimiento, y cuánto se complace al contemplar, en esta muger que se anonada á sus piés, uno de los primeros y mas brillantes triunfos de su mision divina! *Ved esta muger*, exclama, queriendo dar á este suceso, acaecido en la oscuridad, todo el esplendor y fama de un grande y memorable acontecimiento. Da un precio y una dignidad infinita á la menor circunstancia que le acompaña, las hace notar todas para que entendamos cuán preciosa es la menor particularidad en las obras que la gracia inspira, y con qué fidelidad tan tierna pone Dios en cuenta hasta nuestros menores sacrificios.”

“Con tan sábios y consoladores discursos difundia en mi alma aquel hombre justo la confianza y el dulce con-

vencimiento. Al oírle hablar de un modo tan persuasivo de la bondad de Dios y de la incomprendible caridad de Jesucristo para con los pecadores, sentia no sé qué de puro, filial y tierno, que mi corazon se inflamaba, y no hubiera podido sostener la fuerza de la impresion violenta que padecia, si no hubiese hallado desahogo en la abundancia y continuacion de mis lágrimas. Me era insoportable la idea y el remordimiento de haber vivido tanto tiempo en la ignorancia de una religion en la que todo es sublime, precioso, y tan admirablemente acomodado al carácter, al corazon y á todas las necesidades de los hombres.”

“El venerable siervo de Dios mantenía estas felices disposiciones con su continua asistencia y con la unción y energía de sus discursos, y me preparaba de este modo para aquel feliz día que debía restituirme en todos los derechos y esperanzas de los hijos de Dios. Su sola presencia causaba en mi alma aquel sentimiento é impresion evangélica que nos hace amable la soledad y las lágrimas; y desde que he conocido y tratado hombres virtuosos, soy de parecer que la prueba mas victoriosa de la divinidad de la religion, es aquel carácter inimitable de magestad, de libertad y de firmeza que da á los que viven segun su espíritu.”

“Hombres hay, oh Dios mio, en la tierra, desconocidos al universo, que viven y mueren en oscuridad de su siglo, pero que son por lo mismo á vuestros ojos los únicos y verdaderos grandes que merecen el obsequio y respeto de la admiracion pública. Mas las estatuas de los conquistadores y de todos los mártires de la gloria humana, serán igualmente sepultadas en un abismo, el cual al momento que el último de los escogidos desaparezca de acá abajo, devorará repentinamente todos los tronos é imperios del mundo; entonces la mayor dominacion y grandeza quedarán oscurecidas con el resplandor de la

dignidad régia y eterna de que será revestido el humilde y oscuro discípulo de la cruz y de la penitencia; entonces principiará la fama y gloria de los héroes de la gracia y de la eternidad; entonces nada será digno de estimacion sino lo que hubiese sido conforme á la voluntad divina, y la luz de la inmutable é incorruptible verdad que aclarará por primera vez lo mas oculto de todos los designios y empresas que inquietaron á los hijos de los hombres, les convencerá de que si el universo habia sido un espectáculo augusto y digno de los esmeros de su Criador, no fueron la causa sus grandes imperios, la magnificencia de sus ciudades, ni la celebridad de sus dominadores; sino que toda su gloria le provenia de estar destinado para servir de tránsito á los ciudadanos del imperio de la eternidad, y de ser el lugar de las pruebas, de las tribulaciones y de las lágrimas, cuya amargura era preciso que gustasen los justos antes de ser elevados á la participacion de la gloria y de la eternidad de Dios. Entonces se verá que el humilde y desconocido cuerpo de los verdaderos bienaventurados, era el único apoyo de toda la obra de la creacion; que todo subsistia y se habia hecho por ellos, que sus oraciones y lágrimas eran la única razon para que Dios suspendiese el castigo de los culpados, y que los suspiros de un corazon inocente decidian mas de la suerte de los Estados y de las naciones, que todas las medidas y toda la política de los que creen gobernar el universo, y ser los árbitros del destino de los pueblos. Solo vos, Dios mio, ofreceis á los ojos del hombre justo un ser mas grande y mas excelente que él, y únicamente encuentra en la inmensidad de vuestra gloria la medida y modelo de lo que ha de venir á ser; esta es la razon porque *los nombres de los dioses de la tierra están escritos sobre el polvo, y los que os temen serán eternamente grandes*; porque, en efecto, lo son delante de vos, y porque solo la gloria que de vos nos vie-

ne, sobrevivirá á la destruccion de todos los edificios y monumentos de la tierra.”

“Hijos de los hombres, necios partidarios de las pasiones y de las puerilidades de un mundo perecedero: ¡ah! si la compasion que inspirais por el cruel abandono que haceis de un alma que debiera seros tan amada, no fuese mas poderosa que el movimiento de indignacion que se experimenta al ver la infamia y la corrupcion con que os cubris, ¿no se os deberia decir que obrábais bien viviendo bajo el despreciable yugo á que os habeis sometido, y que solo los espíritus nobles y los grandes corazones son capaces de elevarse hasta la altura del Evangelio, y dignos de conocer la magestad y la excelencia de la religion?”

“Pero á mí no me toca, Dios mio, avergonzar á mis hermanos; no debo olvidar jamas que los corazones corrompidos tienen derecho á preguntarme á quién debo la felicidad de haberme separado de ellos. El que por el favor del príncipe salió de la oscuridad y de la miseria, debe condolerse mas que otro de las aficciones y trabajos que sufren los que le fueren iguales, y no olvidarse jamas que fué de la clase de los infelices. Yo fui, Dios mio, de la de los perversos; infeliz de mí si un solo dia de mi vida dejó de pagar el tributo de sensibilidad, de lágrimas y de gemidos que me impone la memoria de haber arrastrado las mismas cadenas, y padecido los mismos males y tribulaciones que sufren aquellos.”

“Al fin vi lucir aquel gran dia de mi libertad y adopcion en la augusta é inmortal sociedad de los santos. En diferentes intervalos, Dios mio, puesto á los piés del padre tierno, y del amigo generoso que vuestra gran misericordia me tenia reservado, hice una relacion de la deplorable y tenebrosa historia de mi vida, y descubrí todo el misterio de iniquidad que mi corazon impío habia ocultado tanto tiempo. ¿Pero qué

digo, Señor? ¿el desorden de mi vida podia encubrirse á los que tenian que seguir mis pasos, conocian mis amistades, notaban las continuas irregularidades de mi conducta extravagante y de mis necias conversaciones? Yo no procuraba disimular á vista de mis semejantes; tal vez me hubiera avergonzado de parecer menos atrevido y determinado á atropellar los deberes mas sagrados, y á no respetar nada en el cielo ni en la tierra. Entre los hombres de bien hubiera querido poder tomar la voz y el aire de la virtud; pero esta solo se parece á sí misma, y tiene una forma, un lenguaje y un carácter tan distinguido, que todos los artificios de la hipocresia no pueden llegar á tomar su apariencia, ni deslumbrar á quien tiene algun conocimiento de los hombres. Entre tanto, Dios mio, yo murmuraba como todos los insensatos que quieren engañarse á sí mismos de la ley que somete á los pecadores á que manifiesten sus pecados á un hombre como ellos, y decia tambien entre mí: esto es lo mas impracticable y terrible de la religion. ¡Necios alucinados! ¿no veis que todos los dias se manifiestan vuestros vicios á la faz de todo el mundo, y que vuestra conducta habitual es una confesion pública del espantoso desorden que reina en vuestros corazones? ¿quién puede quejarse de que su salud eterna consista en el uso de un medio tan humano y tan dulce?"

“¡Santo Dios! ¿no sois vos nuestro único bien, nuestro refugio, nuestra salud, nuestro asilo, nuestra gloria y nuestro todo? Si para reparar una pérdida tan enorme y terrible como la de vuestro eterno amor, fuese preciso arrancarnos del seno de la naturaleza, de nuestra patria, de nuestros hijos y de todo cuanto mas amamos en este mundo; si nos fuese preciso sepultarnos en horrorosos desiertos, teñir las rocas con la sangre de nuestras maceraciones, y que las montañas y cavernas resonasen con nuestros profundos llantos y gemidos, ¿deberiamos

estar indecisos un solo momento? Porque á la verdad, ¿quién puede sostener la idea de una alma inmortal, de un alma que destinada á gozar de la gloria y esencia del Ser infinito, no fuese sino la victima indestructible de la cólera y de la indignacion de su Padre y de su Criador? Pero vos, Señor, no exponéis nuestra debilidad á unas pruebas que la intimiden; solo pedís lágrimas, arrepentimiento y efusion de corazon, cuyos medios, al paso que siempre adormecen los grandes dolores, son el mas dulce remedio de la sensibilidad desgraciada: y esta sabia y eterna dispensacion de vuestra misericordia para nuestra salud eterna en el orden de la gracia, ¿no es una imitacion palpable de la que la naturaleza hace seguir á nuestro corazon, siempre que quiere encontrar algun consuelo en los males que le afligen?"

“¡Oh Filemon! me decia el santo sacerdote que me ilustra sobre estos objetos tan importantes, los que buscan como justificar su repugnancia para no confiar á un ministro de la religion el secreto de sus conciencias, están muy distantes del reino de Dios; y solo la dureza de un alma, que aun no ha sentido el primer movimiento de penitencia, será la que se atreva á oponer las miserables rebeliones del orgullo contra la necesidad de humillarse á los piés de los sagrados intérpretes de la bondad divina. El hombre verdaderamente arrepentido no necesita de que otro le anime para abrir su corazon á su hermano y semejante. Cuando la religion no impusiese esta ley indispensable, se veria precisado á volar á los brazos del hombre justo para satisfacer la necesidad que tiene de ser consolado, y encontrar en él un consejo y un apoyo. Añadió asimismo esta reflexion llena de verdad y muy despreciada de aquellos á quienes cuesta tanto confesarse culpados delante de los otros. Son hombres, es verdad; pero no reflexionan que estos hombres son *otros tantos Cristos hijos de Dios vivo*, y que el

carácter divino que tienen impreso, los separa, por decirlo así, de su especie, y los eleva á un orden sagrado y distinguido? Son hombres, mas *la virtud del Altísimo reside en ellos*, y son superiores á los ángeles por aquel poder y admirable excelencia que les da sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra, su incorporación en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y su unidad con nuestro Redentor en la direccion de la grande empresa de Dios y de la fundacion de su sublime é incorruptible imperio.”

“¿Has notado alguna vez, prosiguió, las circunstancias en que el Hijo de Dios concedió á los hombres el poder mas grande que jamas se ha ejercido sobre la tierra, confiriéndoles la facultad de ser los mediadores y los salvadores de sus hermanos? Pues fué despues de haber consumado el último misterio de su misión laboriosa; despues que, habiendo resucitado y triunfado del infierno y de la muerte, tomó posesion del soberano poder que le fué dado sobre todo el universo; cuando ya el mundo no podia dudar de la verdad de su palabra y su dominio supremo sobre todas las criaturas, y finalmente, despues de haber hecho brillar todos los rayos de su gloria, despues de haber mandado á las tempestuosas olas que se apaciguasen, á la muerte que restituyese sus víctimas, á los astros que se eclipsasen, y á la tierra que temblase; entonces fué cuando se preparó á crear semejantes ministros, á multiplicarse y perpetuarse *en los hombres santificados por la virtud de su presencia y de sus discursos*; entonces fué cuando contemplando con un género de respeto á los hombres que iba á elevar á toda la altura de su dignidad infinita, *sopló sobre ellos.*”

“¡Qué espectáculo tan admirable! En él se ve el mas grande y el mas milagroso de todos los esfuerzos de su caridad inmensa. Ved por qué movimiento tan extraordinario quiso inspirarles su alma, su virtud y su autori-

dad. *Recibid el Espíritu divino. . .* Ya sois los príncipes de la paz, los padres del siglo venidero, los árbitros del linage humano y los verdaderos señores de la tierra: yo os envio en medio de los que la habitan, como mi Padre me envió á mí. ¡Oh Filemon! ¿puede decirse que aquellos á quienes se nos ha mandado que descubramos nuestras miserias son hombres solamente?” Así concluía mi sábio director cada una de las consideraciones sobre este importante objeto.

“No, Dios mio; son dioses: vos habeis puesto en ellos todo cuanto una naturaleza mortal podia llevar de vuestra gloria, de vuestra magnificencia y de vuestro poder sobre el corazon y pensamientos de los hombres: son, como vuestro muy amado y adorable Hijo, *el reflejo de vuestro resplandor, la reproduccion de vuestra excelencia infinita, la figura de vuestra impenetrable sustancia, y vos les habeis dado en herencia, como á él, las naciones de la tierra y todo el universo por imperio.*”

“Penetrado con estas santas y sublimes verdades, ¿cuánto se mudaron mis ideas sobre la ley de la confesion! ¡y qué consuelo tan grande recibia mi alma al paso que descubria mi corrupcion y malicia al ministro de la penitencia! . . . Pero en el momento que con el semblante inclinado á tierra y anegado en mis lágrimas, oí pronunciar las sagradas palabras. . . ¡Oh Dios mio! ¿Por qué no me dais valor para que pueda describir lo que pasó entonces en mi alma, y la feliz revolucion que causó en mis potencias? ¡Con qué prontitud desaparecieron todas aquellas inquietudes que envenenaban hasta los instantes de mi arrepentimiento y esperanza! Semejante á un hombre que sofocado por mucho tiempo bajo las ruinas de un edificio que cayó encima de él, y sacado de repente de entre los pesados escombros que abrumaban sus miembros, pasmado y como fuera de sí parece que ve por la primera vez y que todo lo extraña, se le trastorna

la cabeza, respira con interrupción, hasta que dando un suspiro advierte que sus entrañas recobran por fin su movimiento, y reconoce en el aire que toma su curso natural, su elemento propio: así, Dios mío, al volver á entrar mi alma en vuestro adorable y bienaventurado seno, encontré su natural refugio, y se vió restituida al principio que le dió la vida, principio que hace á los hombres inmortales y eternos.”

“En este estado de deliquio todo divino permanecía inclinado á la tierra y enagenado con el gozo de mi felicidad; y no sé hasta cuándo aquel sentimiento profundo que absorvía todas mis potencias, me hubiera tenido inmóvil en aquella postura de enagenamiento y de adoración, si la mano del hombre justo no me hubiera ayudado á mudar de situación. Entonces fué cuando me pareció que aquel ángel del cielo entraba en un éxtasis divino. Sus ojos, fijos sobre mí, tenían un no sé qué de augusto y de adorable. . . . ¡Oh Filemon! exclamó, yo saludo, admiro y honro en tí lo que hay de mas sagrado y venerable sobre la tierra; un santo, un elegido de Dios. Dichosos los corazones que posean los bienes que el tuyo acaba de recibir en este instante. Heté aquí hecho de repente el santuario de la gloria y de luz de Dios. Su vida circula en tí, y no hay nada en el universo comparable con la excelencia del nuevo ser que acabas de recibir, y con la grandeza del destino que te espera. ¡Oh qué golpe de alegría sentirás siempre que pienses que despues de haber sido por tanto tiempo forastero en la casa de Dios, y de tener perdidas tantos años las esperanzas de ser adoptado por Jesucristo, has venido á ser *ciudadano de los santos*, el hermano de todos los predestinados, miembro de la Iglesia de la eternidad, el descendiente de los patriarcas y profetas, *la piedra viva é inmortal del edificio establecido sobre el fundamento de los apóstoles* y de los mártires, y uno de los *trofeos* que

estarán eternamente colgados en medio de la ciudad de Dios, á la gloria *del cordero que nos redimió con su sangre, y nos unió á los de todas las tribus, de todas las naciones y de todas las lenguas.*

CAPITULO IV.

DE LA EXCELENCIA Y DULZURA DE LA JUSTICIA CRISTIANA.

Filemon continuó refiriéndonos las sábias pláticas que le hacia su director para darle la mas perfecta idea de su nuevo estado, y para fortalecerle en el amor y práctica de la virtud. “¡Cuánta fuerza y elevacion, dice este venturoso penitente, daban á mi alma aquellas palabras pronunciadas con el fuego de un entusiasmo divino, y en las que todo me parecia sólido, sublime y lleno de sustancia y verdad!” . . . Mi padre espiritual, para ilustrarme sobre la grande idea de un alma arrepentida, prosiguió de este modo:

“La mayor parte de los hombres, Filemon, apenas ve en el beneficio de la reconciliacion que se nos ofrece en el tribunal de la penitencia, sino una gracia suficiente para borrar nuestras culpas, y lavar las manchas introducidas por nuestras pasiones y vicios. Con unas ideas tan imperfectas y superficiales de aquel gran misterio de misericordia, es imposible que al acercarse á este sacramento, deje de apoderarse de ellos la vergüenza, y que muchas veces al apartarse de él no se vuelvan con su iniquidad en el corazon. La remision de los pecados es, digámoslo así, lo menos admirable en la obra de la justificacion cristiana. Si la purificacion de nuestra conciencia fuese el único efecto de este gran sacramento que bendice nuestros remordimientos y nuestras lágrimas, bastaria ciertamente para librarnos del castigo eterno re-